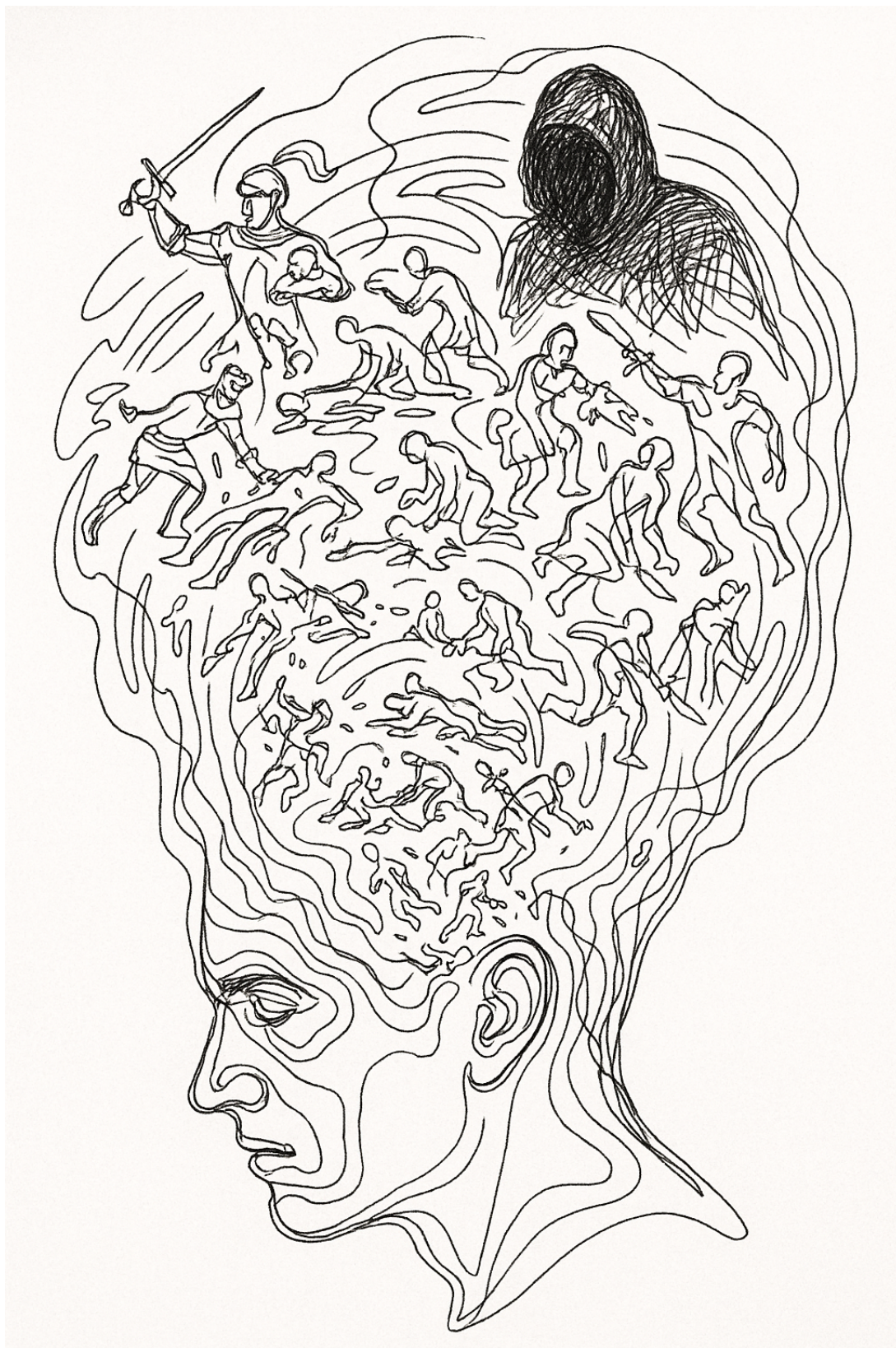


# La Deuda del Eco

por Juan Sensio



# Capítulo 1

La luz fluorescente del techo parpadeó. Una, dos, tres veces. Nadie más en la oficina pareció notarlo, sus rostros fijos en el brillo azulado de las pantallas. El único sonido, un tecleo rítmico y constante, como lluvia fina sobre un tejado metálico. Llevaba más de seis horas sentado en la misma silla, moviendo números de una casilla a otra y respondiendo mensajes intrascendentes. Un trabajo sin nombre para una empresa sin rostro. Se levantó de la mesa y se dirigió al servicio.

“¿Viste el combate de anoche?” Preguntó una voz al otro lado del baño mientras el grifo dejaba caer unas últimas gotas de agua.

“No me interesan mucho las peleas, la verdad. Demasiada violencia innecesaria” Respondió él, sin apartar la vista del espejo mientras se secaba las manos.

“Pues menudo espectáculo te perdiste, colega. Debutó un nuevo modelo, el T-800, y es realmente impresionante. A falta de diez segundos para terminar el último round, hizo una pirueta de 360 grados con patada voladora y decapitó a su oponente. Sublime.”

Tras una sonrisa forzada como respuesta, volvió a su escritorio. El tecleo se reanudó.

La vuelta a casa estuvo dominada por un silencio artificial. El taxi se deslizaba por las calles con un zumbido eléctrico apenas perceptible, siguiendo la misma ruta de cada día, el mismo destino. Apoyó la frente en la ventana. El frío y la vibración suave del cristal le reconfortaba ligeramente. Afuera, la ciudad pasaba ante sus ojos a gran velocidad como un borrón de luces y hormigón. Millones de personas yendo y viniendo. La rueda debe seguir girando.

Un ruido le sacó de su ensimismamiento. Se trataba de una especie de zumbido, el cual llevaba ya unos días siempre presente en su cabeza. No era ni agudo ni grave, pero sí constante y molesto, aunque sin llegar a ser doloroso. Hacía ya tres días que lo empezó a escuchar, y desde entonces le acompañaba a todas partes, en ocasiones más presente, en otras menos. ¿Será estrés? ¿Quizás un tumor cerebral? Fuese lo que fuese, era incómodo de narices. Cerró los ojos, concentrándose en el ruido. Parecía tener capas, con una frecuencia base sobre la que vibraban otras más sutiles. Abrió los ojos y se frotó las sienes. Estrés, se dijo. Nada más que estrés.

La puerta de casa se cerró detrás de él, con un clic suave, apenas perceptible. Dentro, su madre estaba en el salón viendo la televisión como de costumbre. A su lado, Margarita doblaba ropa mientras emitían las noticias de la tarde.

“¿Qué tal el día, hijo?” Preguntó su madre, levantando la vista y dibujando una sonrisa siempre cariñosa.

“Bien, bien... Gracias.” Dijo él, devolviendo la sonrisa a su madre, en su caso de manera resignada.

“¿Quieres que le pida a Margarita que te prepare algo para comer?”

Él negó con la cabeza, dejando el maletín en el suelo, apoyado junto al perchero. “No, no tengo hambre. Creo que me iré directo a la cama. ¿Está papá en casa?”

“No, aún no ha vuelto.” Se levantó del sofá y se acercó a él, agarrándolo suavemente de los hombros. “No tienes buena cara. Estás algo pálido. ¿Seguro que no quieres comer algo antes de acostarte?” Insistió su madre, preocupada.

“Estoy bien, no te preocupes.” Repondió él, forzando una media sonrisa. “Solo me duele un poco la cabeza, es todo. Se me pasará durmiendo.”

Sin esperar respuesta, se dirigió en su habitación. Cerró la puerta y se desplomó sobre la cama, soltando un fuerte bufido. Por fin, un momento de tranquilidad, en su habitación, solo, el cual hubiese podido llegar

a disfrutar de no ser por el ruido de su cabeza. Ese maldito ruido. No fue tarea fácil, pero gracias al agotamiento y, por que no decirlo, la ayuda de unas pastillas relajantes que le había birlado a su padre de su mesita de noche, consiguió dormirse.

---

El asfalto estaba húmedo, salpicado por los neones de los escaparates. Era de noche, y el aire olía a lluvia mezclada con tubos de escape. Gente desconocida caminaba a su alrededor con la cabeza gacha, sus caras iluminadas por la luz azul de sus teléfonos. Algunos coches circulaban por la calle, ruidosos, torpes, conducidos por personas. Todo parecía extrañamente anticuado, como si estuviese en una película ambientada varias décadas atrás. ¿Quizás de los años veinte?

No entendía qué hacía allí. Se encontraba apoyado en una pared de ladrillo, el frío calándole a través de la chaqueta. Esperaba a alguien, pero no sabía a quién. Un coche pasó por delante, salpicándole el pantalón con agua sucia. Maldijo por lo bajo, con una voz que no era la suya. Entonces escuchó un sonido seco, como un petardo. Antes de tener tiempo para reaccionar, sintió un impacto brutal en el pecho, como si le hubieran dado un golpe con un martillo. Miró hacia abajo. Una mancha oscura y caliente se extendía por su camisa. No había dolor, solo una extraña sensación de sorpresa e incomprensión. Sus piernas cedieron y el mundo se inclinó. Lo último que vio fue el reflejo de las luces de la calle en un charco que se teñía de rojo.

Se despertó de golpe con un grito ahogado y el corazón desbocado. Tras incorporarse, se palpó el pecho frenéticamente, buscando la herida, el agujero, la sangre, pero no había nada. Solo el pijama empapado en sudor y un ligero temblor en sus manos. No pasaba nada, había sido una pesadilla, aunque muy real. Todavía podía sentir el tacto del suelo frío en su mejilla y el olor a gasolina. Y el zumbido, el maldito ruido, seguía ahí.

## Capítulo 2

El día siguiente amaneció soleado, dando inicio al fin de semana. Sabe Dios que necesitaba unos días de descanso. Sin embargo, el recuerdo de la pesadilla que había tenido la noche anterior se resistía a desaparecer de su memoria, repitiéndose una y otra vez como un eco persistente. Salió de su habitación y se acercó a la cocina, donde encontró a Margarita preparando el desayuno mientras Mamá miraba atentamente su teléfono, sentada en la mesa.

“Buenos días, hijo. ¿Has dormido bien?” Preguntó su madre mientras Margarita servía el café.

“Pues no mucho,” Respondió él frotándose los ojos, evitando su mirada. “He tenido una pesadilla bastante rara... ¿Dónde está papá?”

“Ha salido temprano. Por lo visto tenía que hacer unos recados.” Su madre se encogió de hombros. “¿Quieres que Margarita te prepare algo?”

“Con un café está bien.” Respondió, mientras miraba a través de la ventana. La androide doméstica sirvió el café en una taza y se la acercó. “Parece que hace un buen día, creo que saldré a dar un paseo.” Sentenció él, sonriendo a su madre después de un reconfortante trago de café.

El parque del barrio, con sus árboles viejos y caminos serpenteantes, siempre había sido el lugar ideal para poner en orden sus ideas. Paseaba sin rumbo fijo, con las manos en los bolsillos, cuando lo vio. Era su padre. Estaba de pie junto a un banco alejado, hablando con dos hombres de aspecto desaliñado. La postura de su padre era rígida, tensa. Aunque estaba demasiado lejos para oír nada, la conversación no parecía para nada amistosa. Hubo un intercambio rápido, algo que pareció un sobre, y luego los dos hombres se marcharon a toda prisa, dejando a su padre solo. Lentamente, emprendió su propio camino de vuelta a casa. Instintivamente, él se escondió detrás de un roble centenario para evitar ser visto, sintiendo una punzada de ansiedad que no tenía nada que ver con sus propias pesadillas. ¿Quién eran esos hombres? ¿Qué le habrían dicho? ¿Cuál sería el contenido de ese sobre?

“¡Oye, ten cuidado!” Exclamó una voz justo detrás de él a la vez que se caía, dándose de bruces contra el suelo.

Se revolvió bruscamente, intentado incorporarse. En ese instante, se encontró cara a cara con una mujer. Era joven, de piel morena, con un largo pelo oscuro rizado y ojos marrones. Tendría más o menos su misma edad. Pese a ello, lo que realmente le llamó la atención, fue el libro que tenía en las manos. Era de papel, como los de antes, una auténtica reliquia que hacía mucho tiempo que no veía.

“Lo siento, no te he visto.” Se disculpó ante ella. “Estaba... distraído.”

“¿Sueles esconderte detrás de los árboles a menudo?” Preguntó ella, con una voz divertida.

Él se encogió de hombros, dirigiendo la mirada hacia donde había estado su padre unos segundos antes, pero ya no estaba allí.

“¿Es eso un libro de papel?” Preguntó cambiando de tema, señalando el objeto en sus manos. “No se suelen ver muchos.”

“Ah, sí.” Respondió ella, acariciando la cubierta con un gesto casi reverencial. “Es una edición muy antigua. Hay algo especial en el tacto del papel, ¿no crees? Como si cada página guardara un poco de historia.”

“Supongo que sí.” Asintió él, sorprendido por su entusiasmo. “¿De qué trata?”

“Es un ensayo.” Respondió ella. “Habla sobre *Palimpsestos*, cómo algunos textos antiguos a menudo se borran para reutilizar el pergamino, pero con la técnica adecuada, a veces se pueden leer las palabras

fantasma que quedaron debajo.”

Él la escuchaba atentamente, fascinado por la idea.

“El autor argumenta que esta cualidad a veces se refleja en otras cosas, como por ejemplo las ciudades.” Continuó ella, con la mirada perdida en la distancia. “Capas y capas de historia construidas una sobre otra. Incluso en algunas personas también puede ocurrir, llenas de ecos que no siempre entendemos. El libro presenta algunas técnicas para aprender a leer esas capas ocultas en todo lo que nos rodea.”

Se quedó en silencio, procesando la idea, sin saber qué decir.

“Te he dejado pensativo,” Dijo ella, con una sonrisa suave.

“Sí... la verdad que nunca me había planteado algo similar.” Consiguió decir él.

Ella se dió media vuelta y se alejó unos pasos, pero se detuvo y se giró de nuevo.

“Oye, ¿quieres darme tu contacto? Podríamos continuar esta conversación en otro momento.”

Sorprendido, sacó su teléfono del bolsillo y lo acercó al de la chica, quién había hecho lo mismo. Un sonido suave y agudo notificó que sus contactos se habían transferido de forma satisfactoria.

“Genial.” Dijo ella, sonriendo con una expresión que no supo interpretar. “Nos vemos pronto entonces.”

Esa noche, y ya de vuelta en casa, se acostó con una extraña sensación de calma. El encontronazo fortuito con aquella chica había ocupado la totalidad de sus pensamientos durante el resto del día. Apenas había pensado en su padre y lo que había visto, y el zumbido en su cabeza también había disminuido considerablemente. Quizás solo necesitaba una distracción.

---

El sueño lo arrojó a una noche fría bajo una lluvia fina y persistente. Llevaba una gabardina pesada, con el cuello del abrigo subido hasta las orejas. Farolas de luz anaranjada se reflejaban en los adoquines mojados de una ciudad que no reconocía, llena de coches cuadrados y carteles con tipografías extrañas. Sentía el peso de un maletín en su mano derecha. El ambiente era tenso, cargado de paranoia, como en una película antigua de espías. Se movía con prisa, mirando por encima del hombro a cada pocos pasos. Tenía la certeza de que alguien le seguía. El corazón le latía con fuerza, un tambor sordo en sus oídos que casi ahogaba el sonido de sus propios pasos. Y entonces lo escuchó. Un silbido atravesaba la lluvia. Era una melodía corta, pero repetitiva, casi infantil. Se detuvo en seco. El silbido se repitió, más cerca esta vez. Un escalofrío le recorrió la espalda. No entendía por qué, pero esa melodía era una sentencia. Echó a correr, lanzando el maletín por los aires. Aún así, el silbido le persiguió por los callejones estrechos por los que pretendía escabullirse. Pero al girar la siguiente esquina, algo chocó contra él. Un dolor agudo y helado le atravesó el costado. Cayó de rodillas mientras la vida se le escapaba. Lo último que oyó fue el eco del silbido, alejándose tranquilamente en la noche.

Se despertó con el eco de la melodía todavía resonando en su cabeza, una marca grabada a fuego en su memoria. Ya era la segunda noche consecutiva en la que tenía un sueño tan intenso. No podía ser casualidad.

## Capítulo 3

“Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?” Preguntó la voz que salía del monitor.

“Hola. Pues veré, llevo casi toda la semana con un zumbido en la cabeza. Al principio pensé que podía ser por el estrés y que se me pasaría con algo de descanso, pero creo que está empeorando. De hecho, hace unos días que estoy teniendo unas pesadillas terribles por las noches que no me dejan dormir y me están volviendo loco.”

Tras sopesarlo detenidamente, finalmente había decidido concertar a una videoconsulta médica con la esperanza de que pudieran ayudarle.

“Entiendo. voy a acceder a los registros de las últimas semanas de su implante biomédico. Debería recibir una notificación para darme permiso.”

Acto seguido, su teléfono vibró. En la pantalla apareció una alerta requiriendo su permiso para dar acceso remoto a sus registros médicos. Se acercó el dispositivo a la cara y el escáner ocular validó la petición.

“Perfecto, ya tengo acceso.” Confirmó la Inteligencia Artificial de diagnóstico médico. “Voy a proceder al análisis de los registros, por favor manténgase a la espera.” Tras unos segundos, el diagnóstico estaba listo. “Buenas noticias. Según los datos analizados todo está en orden. Es cierto que he detectado alteraciones en el sueño, que corresponden con los síntomas que usted ha descrito. Sin embargo, no detecto ninguna anomalía física que pueda causar zumbidos. He observado un pico inusual de actividad neuronal que se asemeja a una descarga de datos en segundo plano, pero sin duda se trata de un error de calibración del sensor de su implante por interferencias. Como bien decía, es muy probable que sean síntomas de estrés. Le voy a recetar unos relajantes, los cuales deberían serle entregados en su domicilio esta misma tarde, así como darle la baja laboral por un par de semanas. Si no tiene más preguntas, le cito para una nueva visita de seguimiento exactamente en 15 días.”

“No, no tengo más preguntas. Gracias.”

“A usted, ha sido un placer atenderle y recuerde que estoy a su servicio en cualquier momento por si tiene alguna consulta.”

Colgó la llamada. La verdad es que la consulta no fue de mucha ayuda. Al menos tendría la oportunidad de descansar un par de semanas sin tener que preocuparse por el trabajo.

Necesitaba una distracción, y recurrió a la única otra cosa que tenía en ese momento en la cabeza además de las pesadillas: la chica del parque. Levantó su teléfono y le envió un mensaje. “Hola, ¿cómo estás? Soy el chico del parque, el que cayó torpemente delante de ti. ¿Te apetecería quedar hoy para tomar algo?” Lanzó el teléfono en la cama y se tumbó mirando al techo. Un sonido alertó de un nuevo mensaje. Había respondido. “Vale, ¿nos vemos en la cafetería del parque en media hora?”. “Perfecto, hasta ahora :)”, contestó.

Veinte minutos después, ya estaba sentado en una mesa de la terraza de la cafetería. Cuarenta y dos minutos después, llegó ella.

“Hola, ¿cómo estás? No esperaba que me escribieras tan pronto.” Sorprendió ella llegando por su espalda.

“Hola, la verdad es que necesitaba distraerme un poco.”

“Uy, eso no ha sonado muy bien. ¿Qué te pasa?”

(...)

“Uf... Pues llevo unos días teniendo unas pesadillas que no me dejan dormir. Pero lo peor es que, para

ser sueños, son muy reales. En ellos, estoy en un lugar que no reconozco, y de repente aparece alguien que me ataca y creo que me mata. Luego me despierto.”

“Vaya, que intenso. Recuerdo haber leído algo similar hace un tiempo. Personas que tenían sueños muy realistas, casi indistinguibles de la realidad. Algunas hipótesis incluso argumentan que los sueños eran recuerdos de vidas pasadas.”

“¿Estas hablando de reencarnación?” Preguntó en tono de broma.

“Reencarnación, almas viejas, recuerdos de vidas pasadas... No sé, es una teoría muy interesante. ¿No crees que sea posible?” Respondió ella de manera desafiante.

“Pues nunca me lo había planteado, la verdad” Se quedó pensativo. “¿Tú crees en esas cosas?”

“Creo que la materia y la conciencia recuerdan”, contestó ella mientras sacaba de su bolso una pequeña y antigua caja de madera. “Mira, estoy restaurando este juego de mesa sumerio, el Juego Real de Ur. Tiene miles de años. Dicen que los antiguos lo usaban para leer el destino del alma. Elige una ficha para jugar: ¿las blancas de plástico moderno o estas negras talladas en madera petrificada original?”

Él, sin pensarlo, alargó la mano y tomó una de las fichas de madera petrificada. Al tocarla, el zumbido de su cabeza cesó por completo durante un segundo, dejándole una extraña sensación de vacío. Ella le observó fijamente, con una mirada fría y penetrante que desapareció tan rápido como llegó.

“Curioso”, sonrió ella, volviendo a su tono cálido. “Casi todo el mundo prefiere las nuevas. Dicen que las viejas arrastran la energía de sus anteriores dueños.”

“Pero bueno, tampoco quiero agobiarte con mis cosas... Hablemos de algo más divertido. ¿Cuál es tu comida favorita?” Preguntó para cambiar de tema.

La conversación siguió durante una hora. Todavía no se había acostumbrado a la idea de haber encontrado a alguien con quién estar a gusto y, por un momento, olvidar todo lo que estaba pasando. Al rato, se despidieron. Quedaron en volverse a ver el fin de semana siguiente.

Emprendió el camino de vuelta a casa, con la mente dando vueltas a la conversación que acababa de tener. La idea de que sus sueños pudieran ser algo más que simples productos del estrés —quizá fragmentos de otras vidas, recuerdos ajenos atrapados en su cabeza— le resultaba tan absurda como inquietante. ¿Y si realmente había algo de cierto en todo aquello? ¿Y si, de algún modo, estaba reviviendo experiencias que no le pertenecían? Mientras caminaba, repasó mentalmente los detalles de sus pesadillas: los lugares desconocidos, la sensación de peligro inminente, la certeza de que iba a morir. ¿Podrían esos escenarios haber existido realmente? ¿Serían pistas, fragmentos de una historia más grande que él mismo? Se prometió que, si volvía a soñar —y estaba seguro de que así sería—, intentaría recordar cada detalle: nombres, rostros, sonidos, cualquier cosa que pudiera ayudarle a entender lo que le estaba ocurriendo.

## Capítulo 4

Se encontraba en una calle estrecha. El sol se había puesto y la oscuridad empezaba a ganar terreno.

Reconoció una tienda de instrumentos musicales. El cartel rezaba “Doctor Ralú”, sobreimpreso en un violín gigante que colgaba de la fachada.

“Un nombre curioso, no debe haber muchas tiendas así.” Pensó para si mismo.

Entonces lo oyó de nuevo, el silbido. Sabía lo que venía a continuación y no tenía ninguna intención de volver a experimentar lo mismo. Salió corriendo del callejón.

Tropezó y cayó, al tiempo que algo le redeó el cuello con fuerza y lo empezó a estrangular. En el suelo había un charco, en él vió su propio reflejo con cara de terror.

---

Se despertó de un salto. Este sueño había sido el más intenso de todos.

Salió de la habitación y vió la luz de la cocina encendida. Entró en la cocina y vio a su padre sentado en la mesa, parecía que estaba cambiando las pilas del reloj de pared. Aún así, estaba ensimismado.

“Hola, buenas.” Dijo.

“Ay, hola, ¿qué haces despierto a esta hora?” Preguntó su padre, algo sorprendido.

“Nada, no podía dormir. ¿Y tú que haces?”

“Pues lo mismo, no podía dormir.”

Un silencio incómodo se instaló entre ellos.

Recordó en ese momento la situación en la que había descubierto a su padre en el parque.

“Papá, ¿te puedo preguntar algo?”

“Claro, ¿qué es?”

“Ayer estuve en el parque dando un paseo. Creo que te ví. ¿Estabas discutiendo con alguien?”

Se sonrojó literalmente, apartando la vista.

“Eh... bueno, sí. Estaba hablando con unos viejos conocido.”

“Parecía serio.”

“Bueno, verás... Hace muchos años, cuando era joven, antes de conocer a tu madre y tenerte a ti, digamos que estaba un poco perdido. No es algo de lo que me guste recordar, pero me redaba con gente de dudosa reputación e hice cosas de las que no me siento orgulloso.”

“¿Qué cosas?”

“Eso no importa, pero las personas con las que estaba hablaba vinieron a buscarme por temas del pasado. Pero no te preocupes, lo estoy manejando y no os va a afectar ni a ti ni a tu madre.”

“Bueno, sea lo que sea te perdono.”

Besó a su padre en la frente, dibujó una sonrisa débil y se volvió a la cama.

No tuvo más sueños esa noche.

## Capítulo 5

A la mañana siguiente, el recuerdo del sueño seguía pegado a su piel como una capa de sudor frío. Más que el estrangulamiento o el pánico, lo que no podía quitarse de la cabeza era la nitidez de los detalles: el cartel de la tienda de música, “Doctor Ralú”, y el reflejo de su propio rostro aterrorizado en el charco.

Se sentó en la cama y cogió el terminal.

“Kai,” Dijo en voz alta, activando su IA personal. “Quiero buscar un lugar.”

“Por supuesto. ¿Qué lugar quieres buscar?” Respondió la voz serena de la IA.

“No sé el nombre de la calle. Es un callejón estrecho, con adoquines. La arquitectura es antigua. Lo más importante es que había una tienda de instrumentos musicales llamada *Doctor Ralú*.”

Hubo una pausa de apenas un segundo mientras Kai procesaba miles de millones de datos.

“He encontrado una coincidencia. Hubo una tienda con ese nombre en la Calle Lepanto, en el distrito histórico. La tienda cerró permanentemente en 1988. ¿Quieres que te muestre la ubicación?”

“Sí, guíame hasta allí.”

El trayecto fue corto. El distrito histórico era un laberinto de calles que parecían ancladas en otro tiempo. Kai lo guio a través de su audífono hasta que se detuvo frente a un callejón que le resultó dolorosamente familiar. La tienda de música ya no estaba; en su lugar había un Kebab. Pero la estructura, la entrada estrecha, el peso de la historia en el aire... todo era igual.

“Kai, ¿tienes registros de eventos inusuales en este lugar? Atracos, asesinatos...”

“Consultando archivos históricos y policiales... El 10 de septiembre de 1985, un hombre fue encontrado muerto en este callejón. La causa de la muerte fue estrangulamiento. El caso nunca se resolvió.”

El aire se le escapó de los pulmones. Era real. Se apoyó en la pared, sintiendo el mismo ladrillo frío del sueño.

---

Volvió a casa como un autómata. Se sentía desconectado de la realidad, como si estuviera viendo el mundo a través de un cristal. Si un sueño había sido real, ¿qué pasaba con los otros? Se sentó frente a la pantalla de su terminal, la cara iluminada por la luz azul. Tenía que comprobar el recuerdo más antiguo.

—Kai, necesito que investigues algo más. Un hombre asesinado a tiros en la década de 1920. No tengo nombre ni ubicación exacta.

—La descripción es vaga. ¿Algún otro detalle?

—Sucedió durante unos disturbios. La víctima llevaba un sombrero de fieltro... y el disparo sonó como un petardo.

—Entendido. Realizando una búsqueda heurística en bases de datos de crímenes no resueltos... Encontrado. El 2 de mayo de 1928, un hombre murió por un disparo en circunstancias que nunca fueron aclaradas. El suceso ocurrió durante los disturbios laborales del distrito industrial, y su muerte se registró como una víctima colateral.

El corazón le dio un vuelco. 2 de mayo de 1928. El día exacto en que el hombre estrangulado había nacido. No era una coincidencia. Era una conexión.

Solo quedaba un sueño por comprobar.

—Kai, busca esto: una muerte en la década de 2020. La víctima parecía un analista o un diplomático, fue apuñalado.

—Necesito más detalles para acotar la búsqueda.

—El asesino —dijo, recordando un destello metálico—. Dejó caer algo. Un mechero de oro, con un grabado... una serpiente comiéndose su propia cola.

—El grabado que describes es un Uróboros. Cruzando esa información con muertes sin resolver... Hay un caso. Un analista de políticas llamado Ivan Sokolov. Murió el 15 de abril de 2025. Oficialmente, fue un robo que salió mal, pero el caso sigue abierto. Un mechero de oro con ese grabado fue encontrado en la escena.

El patrón estaba casi completo. Solo quedaba una pregunta. Una que tenía miedo de hacer.

—Kai... —su voz fue apenas un susurro—. ¿Cuál es la fecha de nacimiento de Ivan Sokolov?

Hubo una pausa. Para él, fue una eternidad.

—Ivan Sokolov nació el 10 de septiembre de 1985.

El día que Arturo Vega había muerto. El patrón era innegable. La muerte de uno era el nacimiento del siguiente. Un escalofrío helado le recorrió la espalda. Y ahora sabía lo que significaba la última fecha. 15 de abril de 2025.

Se quedó sin aliento. El mundo se detuvo. El ruido en su cabeza se convirtió en un rugido ensordecedor.

Era su cumpleaños.

Él era el siguiente.

## Capítulo 6

El mundo se había contraído hasta convertirse en un único pensamiento: “Soy el siguiente”.

No había tiempo para el pánico, solo para la acción. Cada segundo que pasaba era un paso más hacia una muerte que ya estaba escrita. Solo había una persona que había mencionado la reencarnación, que había plantado esa semilla en su mente. La chica del parque.

Corrió a su apartamento, una dirección que Kai encontró en segundos. La desesperación le daba fuerzas. Subió las escaleras de tres en tres, martilleando la puerta con el puño.

Cuando ella abrió, su expresión de sorpresa pareció genuina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, apartándose para dejarle pasar.

—Tú lo sabías —dijo él, sin aliento, la voz rota—. Todo este tiempo. Lo de las vidas pasadas, los recuerdos... ¡no era una teoría!

Él le soltó todo, atropelladamente. Los sueños, las fechas que encajaban como las piezas de un mecanismo macabro, la muerte de Arturo Vega dando paso al nacimiento de Ivan Sokolov, y la muerte de este último el mismo día de su propio nacimiento.

Ella lo escuchaba con una calma que le puso los pelos de punta. Su rostro era compasivo, pero sus ojos guardaban una quietud terrible.

—Tranquilízate —dijo en voz baja—. Estás en shock. Voy a prepararte un té, algo que te calme.

Se dio la vuelta y fue hacia la pequeña cocina integrada en el salón. Mientras esperaba, la mirada de él recorrió la estancia. Libros apilados, muebles sencillos, un orden casi monástico. Y entonces ella empezó a silbar.

Se quedó helado, se giró y la miró con los ojos abiertos. Ella se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Antes de que pudiera reaccionar, se abalanzó sobre él. No hubo un gran forcejeo. Ella se movió con una velocidad y una precisión que lo desarmaron. Un golpe seco en la sien y el mundo se fundió en negro.

Despertó con un dolor punzante en la cabeza y el sabor metálico de la sangre en la boca. Estaba atado a una silla. La luz de una lámpara de pie le daba directamente en la cara.

Ella estaba sentada frente a él, observándolo.

—¿Por qué? —susurró él.

—Llevas un tiempo escuchando un zumbido, ¿verdad? —preguntó ella, ignorando su pregunta. Él le había contado acerca de las pesadillas, pero no había mencionado el zumbido. Era su secreto.

“¿Cómo lo sabes?”

—Deja de luchar contra él —dijo ella, su voz casi un murmullo hipnótico—. Ábrete. Escúchalo de verdad. Así lo entenderás todo.

Cerró los ojos, agotado. Decidió hacerle caso. Se concentró en el ruido, no como una molestia, sino como una señal. Dejó que creciera, que lo inundara todo.

Y entonces, la oscuridad dio paso a un recuerdo.

No era un sueño. Era nítido, brutalmente real. Estaba en una habitación que olía a polvo y a miedo. Él no era él. Su cuerpo era más grande, sus manos ásperas y crueles. Frente a él, una mujer lloraba en el suelo. La reconocía, aunque no era ella. Era la misma alma, la misma mirada de terror que ahora le observaba desde la silla de enfrente.

La golpeaba. La insultaba. Y algo peor, algo que su mente actual se negaba a procesar del todo. Un acto de violencia y humillación que era la semilla de todo el odio.

El recuerdo se desvaneció y volvió al presente, jadeando, las lágrimas mezclándose con la sangre.

—Lo he visto... —logró decir—. Ahora lo entiendo. Pero esa persona... no era yo.

—No importa —respondió ella, y por primera vez vio el dolor bajo la coraza de su ira, un trauma arrastrado a través del tiempo—. Esa deuda no se borra. Cada vida que te he quitado ha sido un eco de esta. Mi alma recuerda, y mi único propósito es que la tuya pague.

—Esto es una locura —replicó él, tirando de las ataduras—. ¡Yo no te he hecho nada! ¡No puedes culparme por los pecados de otro!

—Tú eres él —sentenció ella, poniéndose de pie. En su mano, brillaba la hoja de un cuchillo—. Y yo soy la consecuencia.

Se acercó lentamente. Él cerró los ojos, el rostro del hombre del recuerdo superpuesto al suyo.

El dolor fue agudo, definitivo. Un frío que se extendía desde su pecho y apagaba el ruido para siempre. Mientras la vida se le escapaba, lo último que vio fue el rostro de ella, una mezcla de triunfo y de una tristeza tan profunda como el tiempo mismo.

El eco, de nuevo, se había cobrado su deuda.

## Prólogo

“Hostia, Jano. Con esta te has pasado un poco, no?”

“Sí, la verdad es que no sabía muy bien como iba a salir.”

“No creo que vayamos a conseguir nada de valor con esta versión. Pero bueno, estoy trabajando en otra en la que tengo bastantes esperanzas.”

*En algun lugar distante, y en un tiempo remoto, alguien empezó a escuchar un zumbido.*